

# REPARAR A WARISATA <sup>1</sup>

## Camilo Castellanos

### I

Lo enviaron a dirigir la Escuela Normal Indigenal de Miraflores. Apenas duró quince días en el cargo. No había un campesino, un indio siquiera. La Escuela Normal era una farsa destinada a formar burócratas para mayor explotación de los indios, una farsa a la que no iba a contribuir. Elizardo Pérez fue con su renuncia en el bolsillo ante el mismo ministro Bailón Mercado.

— ¿Qué es lo que entonces piensa usted, Pérez?, preguntó el ministro.

— Yo pienso que la escuela del indio debe estar ubicada en el ambiente indio, allá donde él lucha para no desaparecer; que no debe contraerse únicamente al alfabeto sino que su función debe ser eminentemente activa y hallarse dotada de un evidente contenido social y económico; que los padres de familia deben cooperar a su construcción con su propio trabajo...

El maestro Pérez fue soltando imparable la catarata de sus sueños.

<sup>1</sup> Un día Fernando Rodríguez me puso en contacto con el profesor Fernando Mayorga, director del Centro de Estudios Superiores Universitarios de la Universidad Mayor de San Simón en Cochabamba. Hablamos de su pasión por la música y de su terco empeño por hacer de la cultura un factor de unidad en la casirrota Bolivia de nuestros días. Puso en mis manos algunas grabaciones de Gladys Moreno que divulgaba con devoción de cruceño, mejor de boliviano cabal, y dos ejemplares de la revista *Decursos*.

Una de ellas presentaba la experiencia de la Escuela de Warisata en el testimonio de uno de sus protagonistas, el maestro Carlos Salazar Mostajo. Lo que siguió fue la vivencia de un deslumbramiento. Busqué con avidez mayor información y Fernando Rodríguez supo alimentar solidariamente la curiosidad. Estos apuntes no son fruto de una investigación exhaustiva, apenas si resultan del deseo por compartir el acercamiento a un proceso que los colombianos deberíamos asimilar. Solidaridad es también aprender unos de otros. Si las lecciones deben pagarse, acaso una forma de retribución sea este artículo.

—Eso, eso que está usted pensando, eso vaya usted a hacer, concluyó el ministro Mercado.

Aquí fue la largada de Warisata Escuela-Ayllu.

Con la misión que se había impuesto y que ratificara el ministro, Pérez salió a buscar un lugar para su proyecto. Fue a Santiago de Huata, a orillas del Titicaca, pero los indios no estaban cerca. Siguió explorando sin éxito por Kalaque, Tiquina, Copacabana y Achacachi, capital de la provincia de Omasuyos. A doce kilómetros de Achacachi estaba Warisata, allí debía vivir un viejo conocido, Avelino Siñani. Se organizó una reunión con la indiada de Warisata para que el maestro expusiera su idea. En efecto, allí, estaba Siñani. “Nos confundimos en un abrazo fraterno y solidario —escribió Pérez—. Estábamos sellando nuestro común destino”. El 2 de agosto de 1931 se fundó formalmente la Escuela, con todo y bendición de la primera piedra por el vicario foráneo. De manera provisional la escuela funcionaría en una capilla destartalada y se destinaba para vivienda del maestro una choza igual a la de cualquier indio del vecindario.

Warisata, semillero de vicuñas en aymara, está ubicado entre el lago Titicaca y el nevado Illampu. Como todo el altiplano, produce una cosecha en la época de lluvias, mientras el resto del año es una pampa hosca y gris a cuatro mil doscientos metros sobre el nivel del mar. Allí, precisamente, los vientos provenientes del nevado se arremolinan y como agujas torturantes se clavan en los huesos. En la zona sobrevivían algunos ayllus a la voracidad de los hacendados, sin que fueran más de diez los indígenas libres. Con todo, fue el sitio que Pérez escogió para desarrollar su proyecto educativo, empresa en la que lo acompañaron desde el comienzo un maestro carpintero, otro mecánico y su esposa y un tercero albañil.

Lo primero fue empezar la construcción de la Escuela. Se trazaron los cimientos con la ayuda de

los planos estandarizados que le habían entregado al flamante director. Pero ni las autoridades de Achacachi, ni los indios aparecieron por parte alguna. Los maestros parecían los únicos habitantes de la pampa. Un día, el mecánico y su mujer, el carpintero y el albañil decidieron marcharse. Pérez les increpó que esta era una retirada vergonzosa y que el deber era insistir, quedarse. Y se quedaron.

Lo que más resentía Pérez era la ausencia de Siñani. Un buen día, a las tres de la tarde, por fin apareció Siñani. El director le pidió ayuda y trabajaron juntos hasta entrada la noche. Cuando hubo modo, Pérez le confiesa su sensación de abandono y desamparo. Avelino le responde:

No, tata, no te hemos abandonado a tu suerte. Desde todos los puntos de esta pampa aparentemente desierta miles de nosotros te contemplamos con admiración. Ya saldremos a ayudarte, ten paciencia. Como me dices, sabemos que estás pisando barro, que tus manos ya están encallecidas, que trabajas desde las cinco de la mañana hasta que muere el día. Todo lo sabemos... nada se nos ha pasado desapercibido. Desde los riscos de la montaña, de todas partes, desde nuestra chujllas (chozas) te observamos. Ten paciencia, tata. Muy pronto las indiadas de esta tierra sagrada llegarán hasta ti. Se levantarán las pampas y las montañas y como un solo hombre la comunidad íntegra estará a tu lado para cumplir su deber y dar de sí todo lo que le corresponde...

A partir de ese día, Avelino y toda su familia y dos burros de su propiedad se sumaron a la construcción <sup>2</sup>.

## II

La opresión a que estaban sometidos los indios bolivianos es cosa que nunca se acaba de contar. Algo peor que una condena a la que no se ve término por más que la cólera explote en levantamientos tan memorables como tercamente repetidos.

Explotados por los gamonales, los prefectos y los curas a través del pongueaje, sistema por el que el indio y su familia, en riguroso turno, debían prestar periódicamente servicios personales en las casas de los poderosos. Sistema que además debían agradecer. El pongueaje, al poner a los indios en contacto con la vida de los patronos, les permitía aprender sus buenas costumbres. Una escuela de civilidad.

La ignorancia era aprovechada sin reato. Iba el indio a consultar al letrado. Exponía su caso. Grave

el tinterillo le respondía:

Este caso se resuelve favorablemente si seguimos este libro —le mostraba un grueso diccionario— y entonces vale cuatrocientos pesos. Con éste, y le señalaba un código menos voluminoso, no nos irá tan bien y vale doscientos pesos. Ahora, con éste, y le mostraba cualquier folleto, no estoy seguro que ganemos y vale cien pesos.

El cura llevaba almas al cielo con responsos de cincuenta pesos. Por responsos de veinte pesos las almas apenas llegaban al purgatorio.

Los comerciantes amarraban a los indios a las cadenas del endeudamiento sin fin que los llevaba a perder sus tierras. Así se formaron las haciendas de Warisata. Los recaudadores de impuestos se quedaban con la exigua producción del indio cuando llegaba al mercado, exigiendo contribuciones exorbitantes. Cuando un indio tenía un billete de alta denominación, era conducido a la policía donde debía demostrar la legítima posesión.

Achacachi —Villa de la Libertad, como se proclamaba vanidosa— vivía del trabajo del indio. Pero era tratado peor que una bestia de carga. Se lo flagelaba en público por cualquier minucia, se lo encarcelaba sin juicio, se lo despojaba por todos los medios. El indio debía callar sin esperanza.

En 1921, por un motivo insignificante, dos indios fueron llevados a la cárcel. El corregidor implacable les impuso una elevadísima multa con la condición de que no habría alimentos para los dos presos mientras no se sufragara la multa. Pasó un día y varios días pasaron. En el entretanto, los blancos del pueblo hicieron un gran jolgorio en el que derrocharon alcohol hasta el hartazgo, desatentos a los ruegos de los parientes. Cuando en la resaca se acordaron de los presos ayudantes, fue el corregidor a reclamar el pago, pero era tarde, ningún muerto paga multas. Indignada, la comunidad reunió el Cabildo que decidió hacer justicia por mano propia. El corregidor, que tenía el olfato de un perro, se olió lo que venía y huyó a La Paz. El Cabildo envió una comisión y otra más con el encargo de traer de nuevo al pueblo al infame corregidor. Y lo lograron con astucia y con regalos que el funcionario desatendiera su olfato. Fue entonces cuando se oyó el llamado potente de los cuernos de guerra. Todo el vecindario indígena cayó sobre el pueblo y lo incendió. Allí murieron el corregidor encerrado en su casa de habitación y algunas personas más que no pasaron de diez. Sólo se salvaron tres edificaciones del fuego justiciero, una de ellas la iglesia. Enterado de lo sucedido, el mismo presidente de Bolivia, Bautista Saavedra, envió mil doscientos hombres del arma de caballería, quienes atacaron con saña todo lo que pareciera indio: los ranchos fueron incendiados, destrozados los sembrados, el ganado sacrificado, cazados como

<sup>2</sup> En este y otros puntos posteriores hemos recogido los argumentos de Elizardo Pérez, *Warisata, Escuela-Ayllu*. La Paz, 1962.

conejos los niños, las mujeres, los ancianos indígenas. No se sabe cuántos indios murieron, de una masacre igual no se tiene noticia en la historia boliviana que cuenta hasta el tedio estas matanzas. Fue la masacre de Jesús de Machaca.

¿Por qué, entonces, los vecinos de Warisata debían creer a Elizardo Pérez que a pesar de su discurso no dejaba de ser un kára más?

### III

Embotada por la mezcla de miedo, rencor e impotencia la oligarquía boliviana dio en pensar que las dolencias de la nación derivaban del carácter de su pueblo. Arrojado con una sociología de lástima, el discurso oligárquico se condensó en *Pueblo enfermo*, en el que, al decir de René Zavaleta, “una prosa más lamentable que sus lamentables ideas” expresaba con franqueza “el odio que, casta extranjera al fin, sentía la oligarquía por un país al que despreciaba, odiaba y temía”<sup>3</sup>.

Era preciso exterminar al indio porque era la barbarie, o por lo menos redimirlo por la educación.

Apareció entonces entre los intelectuales bolivianos —en algunos casos con bienintencionadas razones, contrarias al desprecio de lo indígena—, la obsesiva búsqueda de una pedagogía nacional. Una descaminada fijación de los intelectuales bolivianos de principios del siglo veinte, como lo es hoy la Violentología para sus pares colombianos.

Se crearon entonces Normales para Maestros Indígenas, Normales Indigenales, Normales Rurales y más Normales. Escuelas formadoras de funcionarios para la inercia y la rutina. Fue la enfermedad del normalismo, cuyo producto era un “instructor mestizo”, un cuasi intelectual sólo comprometido con su propio beneficio, que no quería salir de la ciudad y cuando iba a las comunidades se tornaba una sanguijuela más para el indígena. Su objetivo era elemental: fijar al indio en su hábitat natural, como fuerza laboral campesina, al paso que hacerlo más productivo y disciplinado. Un propósito del que descreían en el fondo de sus corazones porque educar al indio es tarea inútil, son gente inferior.

Otra cosa pensaban los indios. Tenían un concepto casi religioso de la educación, la consideraban un fuego sagrado que les permitiría liberarse de la condición de pongos, defender sus tierras sin depender de letrados abusivos y hacerse a su propio destino. En las primeras décadas del siglo XX pululan los memoriales de las comunidades exigiendo se les

<sup>3</sup> René Zavaleta, *La formación de la conciencia nacional*. La Paz, Editorial Los Amigos del Libro, 1990.

apoyara para establecer escuelas en sus localidades. Igualmente empezaron a multiplicarse las escuelas autónomas, fundadas, administradas y financiadas por comunidades indígenas en un “casi-clandestino movimiento de escolaridad rural”, como lo denomina un investigador estadounidense<sup>4</sup>. Ya no querían escuelas para indios sino escuelas de indios, así les costaran persecuciones inauditas.

El Tata Santiago Poma quiso levantar una escuela en su comunidad a finales del siglo XIX. Grave delito en la Bolivia de entonces.

Hace tiempo —contaba el mismo Poma, años más tarde— alcancé a levantar una pequeña escuela para los niños de la comunidad. Este acto fue interpretado como un incalificable delito, y un día con otros compañeros más, fui conducido a la cárcel de la capital, atado a la cola de los caballos que montaban los soldados. Mientras tanto, impunemente, las barretas de los opresores se encargaban de consumir la obra destructora, el edificio de la escuela fue demolido. Llegado a la cárcel el fiscal me hizo flagelar... y luego dispuso mi encarcelamiento, que duró tres años...

Warisata surgió del rechazo al normalismo y de la sentida aspiración a liberarse por la educación. Fue la fusión de dos vivencias: la de la frustración con la educación impartida desde el Estado y la del esfuerzo tenaz por llegar a una escuela propia. Dos vidas encarnan esta síntesis.

### IV

Uno es Elizardo Pérez (1892-1980), a quien el presidente Hernán Siles Suazo llamó “precursor de la liberación del indio”. Con el tiempo se ha venido precisando la originalidad de su aporte a la educación indígena y la calidad de su compromiso.

Hijo de una familia de propietarios de tierras venidos a menos, su infancia transcurre en la estrechez sin llegar a la extrema pobreza. Educado en la Escuela Normal de Sucre, recibió las enseñanzas del maestro belga Georges Rouma. No era pues un ignorante en las teorías pedagógicas, y mucho menos un educador forjado a golpes de empirismo. La superación del intelectualismo de los normalistas fue resultado del conocimiento y la práctica docentes.

En Elizardo Pérez se combinan la entrega desinteresada del apóstol con un sentido de la oportunidad

<sup>4</sup> Brooke Larson, “Capturando cuerpos, corazones y mentes del indio: la generación política de la reforma rural en Bolivia, 1910-1952”, en *Decursos* (Cochabamba, Centro de Estudios Superiores Universitarios —Universidad Mayor de San Simón) Año VI, No. 12 (2004).

<sup>5</sup> Elizardo Pérez, *Warisata, Escuela-Ayllu*, op. cit.

propio del gestor de negocios. Así, pudo colocar toda su vida y sus haberes personales a disposición del proyecto educativo del pueblo indígena, como supo pensar en grande al proponerse hacer de Warisata un centro de poder económico, político e intelectual de los pueblos indígenas, multiplicando por miles los escasos recursos que concedió el gobierno.

Lejos estaba Elizardo Pérez de hacer de su labor educativa un trampolín para su éxito individual. Se cuenta que un día, Antonio Sánchez de Losada —hermano del futuro verdugo de Warisata— le comentó:

No comprendo, nunca voy a entender por qué en su debida oportunidad no aprovechaste la ocasión y levantaste la indiada para llegar al poder si tú tenías tanta influencia con ellos, porque contigo este país hubiera cambiado.

Por el contrario, “ningún cálculo político guiaba nuestra obra”, reconoce Elizardo Pérez, tal vez por ello fue calumniado, acusado de ladrón, de explotador del trabajo indígena, soliviantador de la rebeldía de los indios.

El otro es Avelino Siñani (1881-1941). Autodidacta, entendía que el conocimiento era un arma para su pueblo. Sufrió de cárcel por organizar escuelas de indios, “pobrísimas como él, pero de grandiosas miras”. Como describiera Elizardo Pérez, debajo de su exterior adusto, enteramente kolla, se ocultaba “un alma tan pura como la de un niño y tan esforzada como la de un gigante”.

Su concepto de la educación tenía algo de místico, una causa sagrada, un fuego liberador. Era depositario de la sabiduría ancestral de los amautas del Incario que lo capacitaba para penetrar tanto en los misterios de la naturaleza como en los del corazón humano, lo que le permitía prever las intenciones de sus enemigos.

Con absoluto desprendimiento, entregó su pequeña propiedad para que los alumnos de Warisata tuvieran dónde experimentar nuevas técnicas agrícolas. A su reconocido liderazgo se debe el compromiso de los indígenas con la obra de Warisata. Carlos Salazar Mostajo proclama:

Avelino Siñani  
hizo crecer un árbol de esperanza  
del vientre herido de la tierra  
saltó una maravillosa alegría...

Fue lo que nunca le perdonaron los usufructuarios del sistema de haciendas. En sus últimos días debió vivir otra vez la condición de proscrito. Otra vez debió vivir escondido para evitar la agresión de sus perseguidores.

Por desgracia, personajes como Siñani no han con-

tado ni contarán con biógrafos que relaten en detalle su obra y sus méritos. Solo sobreviven en pueblos cuya sola existencia es prueba de sus logros y que en su definitiva liberación realizarán su indeclinable presencia.

## V

Una vez la gente de Warisata tuvo la certeza de que Elizardo Pérez no era un apóstol más sino que vivía y trabajaba como indio, escucharon sin prevenciones su mensaje: No se trataba de hacer una escuela para indios, sino la escuela de los indios y estos debían apropiársela como hecho físico, construyéndola con sus manos desde los cimientos hasta la techumbre.

Existía un plano estereotipado de las escuelas para indígenas. Escuelas de un piso, chatas, achicadas como se suponía era su espíritu. Pues bien, otra cosa pensaban los indios, querían un edificio que se viera desde lejos, que representara la grandeza para algunos perdida, una escuela que “despida destellos”. Una obra monumental como las construcciones del Tiwanaco. A ello se dedicaron con pasión desconocida.

Revivieron entonces las tradiciones de la mincka, el trabajo colectivo para satisfacer una necesidad general que la comunidad retribuía con nuevas oportunidades y servicios. Mujeres y hombres, ancianos y niños, como una colmena, amasaron los adobes, encontraron una mina de turba y la explotaron para cocer los ladrillos en reemplazo de la escasa boñiga. Del mismo modo se trajo la madera para las vigas de Sorata al otro lado de la Cordillera, o desde Chiquipa el asperón rosado para recubrir la fachada del pabellón México. Así se reconstruyó en una noche la antiquísima acequia de los tiempos del Incario que surtía a Warisata de agua del Illampu, una vez que los terratenientes pretendieron matar de sed la Escuela. Una obra que se edificó con angustia, como que había que terminarla antes que sus enemigos pudieran abortarla.

Un día el ya mentado Santiago Poma está dedicado junto con sus iguales a amasar el barro. Elizardo Pérez, que se desconoce entonces de quién se trata, le dice: “Tú ya estás viejo, tata, tú no tienes esta obligación. Ya estás cansado...”. A lo que el anciano Poma le responde:

Cierto, tata: estoy viejo... pero mis hijos son niños y jóvenes y esta casa es para ellos... ¡Aquí abrirán su espíritu!

Después de todo tenía razón el director Pérez: la construcción material de la Escuela era la prueba que se daba la misma comunidad de lo que era capaz. Al levantar los muros de la edificación, el pueblo aymara construía otro edificio, el de su espíritu, recuperaba la fe en su destino, lejos ya de la condición de pueblo

vencido y aplastado.

En 1939, una delegación de maestros mexicanos visitó Warisata. Adolfo Velasco, jefe de esta misión de estudios dejó esta descripción de la construcción, en la monografía en la que da cuenta de esta visita:

El edificio fundado se compone de un patio central de 750 metros cuadrados con arbolillos y jardín. El frente y los dos costados son de dos pisos y con cinco dormitorios amplios y ventilados con capacidad para 150 camas; cinco salones de clase, cinco cuartos para oficinas y almacenes, seis salones para talleres y una dirección. Cierran el patio central por el este, el comedor, la cocina y un cuarto de aseo. Ambos pisos tienen corredores interiores de arquería... Además de este edificio se construyó una barda que circunda el plantel y que mide no menos de setecientos metros de longitud por dos de altura. todo este inmenso trabajo que sólo viéndolo se puede estimar, se hizo en el término de un año... Cuando el primer edificio a que nos hemos referido quedó concluido, y pudo ya alojar a 150 alumnos internos, el profesor Pérez pensó en la necesidad de alojar mayor número de alumnos indígenas (...e) inició in continenti la construcción de los pabellones México, Colombia y Perú; el primero con toda la imaginación que pudo concebir.

Toda esta labor se realizó entre 1931 y 1936.

Debe agregarse que la dotación total de la Escuela fue obra de la comunidad y de los estudiantes. Las camas de los dormitorios, los baúles, los pupitres y las mesas de trabajo salieron de los talleres donde al tiempo que se dotaba la Escuela se aprendían nuevas formas de trabajo. De los hogares indígenas venían los colchones de totora, las sábanas y cobijas tejidas artesanalmente.

El trabajo de la comunidad transformó el paisaje, de la pampa hosca y gris surgió un oasis lleno de jardines y de árboles, de sembrados y talleres, al frente de lo cual se leían, en magníficas letras, estas inscripciones en aymara: *Takke Jakken Utapa y Warisatt Wawan Chchamapa*. Esto es "la casa de todos", la primera, la que todos hicieron y a todos pertenece. La segunda traduce "el esfuerzo de los hijos de Warisata", porque la habían hecho con sus uñas, a pesar de los menguados aportes gubernamentales.

¡Vivimos en tinieblas, Señor...!

...en el atrio de la capilla, una familia compuesta por el anciano padre, la mujer, los hijos, los nietos y el *yatiri* (hechicero) rodeaba un promontorio como de metro y medio de diámetro por ochenta centímetros de altura; se trataba de una espesa capa de boñiga seca de vaca, a la que se superponía una o dos filas de ladrillos, cuidando de dejar aberturas para la circulación del aire, y así se alternaban hasta formar una pirámide recubierta en su totalidad del mismo combustible; después aplicaron fuego por la base y el *yatiri* pronunció

algunas palabras en aymara para ahuyentar los espíritus malignos que conspiraban contra la industria ladrillera. A continuación echó unas hojas de coca y roció vino propiciando a los dioses para que el éxito les acompañara. Por último, el abuelo intervino ofrendando al Altísimo y diciendo con fervor: *Tata*, de estos doscientos ladrillos siquiera cinco que salgan bien. Todo lo pido en nombre de mis antepasados, de mis hijos y de mis nietos, aquí presentes, que se educan en la escuela que estamos levantando, para que en ella abran los ojos y encuentren la luz de la verdad y la civilización. ¡Vivimos en tinieblas, Señor...! <sup>5</sup>.

## VI

Si la comunidad había construido el edificio de la Escuela, la misma comunidad debía dirigirla. Esta idea no nació de un plan preconcebido, Elizardo Pérez asegura que surgió luego de las duras jornadas cuando se sentaban a evaluar el trabajo del día. En un momento de inspiración decidieron revivir la institución de la *ulaka* —instancia de las autoridades tradicionales aymaras, ahora constituidas en Parlamento Amauta—, como consejo de dirección de la Escuela en todos sus campos.

La educación de un pueblo sometido a servidumbre debía ser y no podía ser sino una experiencia de libertad. Por esto a los primeros que hubo que reeducar fue a los maestros. Ya no eran los depositarios de un saber que impartían a gente ignorante y sometida. Debían aprender de los indios, de su sentido de solidaridad, de autogobierno, de trabajo tesonero. Fue el intercambio de roles que se operó a través del Parlamento Amauta.

Esta creación colectiva —de comunidad, docentes y estudiantes— se plasma en todos los ámbitos de la vida de Warisata. Alguna vez, al comienzo del proceso, el gobierno le exigió al director Pérez que presentara el plan de Warisata. Pero, era una exigencia extemporánea:

...estábamos creando una vida nueva, y planes para una vida futura podríamos ofrecerlos solamente después de los ensayos y las experiencias.

De manera que Warisata fue lo que resultó siendo. Por esta razón insistía Carlos Salazar en que Warisata no era un ensayo pedagógico, porque era la vida que se hacía y se renovaba en un ciclo nunca terminado, en cada logro, en cada empresa que comenzaba.

Hay con todo algunos rasgos que es preciso evidenciar:

Era una escuela volcada a la comunidad. La Escuela

<sup>6</sup> Yvette Mejía Vera, *Warisata —El modelo ayllu— Sistematización de*

de Warisata debía servir para transformar el medio en el que aquella se desenvolvía. Es escuela de autogobierno en que la comunidad imparte y busca justicia, autogobierno de los estudiantes que en ella organizan su vida. Lo primero era superar la servidumbre en la que se vivía, acabar con el pongueaje, la sumisión a los hacendados, terminar con el látigo infame. Pero además poner fin a las condiciones psicológicas y materiales que reflejaban este estado. Por ello, además de devolver al indio la confianza en sí mismo, en sus capacidades, se revalorizaba la estimación por la cultura propia e incluso el sentido de dignidad presente en una vida amable y limpia. En consecuencia, la Escuela promovía normas mínimas de higiene y decoro personales y en sí misma evidenciaba otra manera de vivir. Para los indios, su Escuela era la Taika, la madre fecunda.

Warisata se definió como Escuela única. Contra la pretensión de erigir una Normal para maestros indígenas, reclutados en todos los ámbitos de la sociedad, Warisata optó por tomar los niños desde el preescolar y llevarlos en un proceso continuo y sistemático por la sección prevocacional, la sección vocacional hasta llegar a la sección profesional y normalista. "Nuestra misión era formar hombres aptos, hombres íntegros y capaces, para sacar de la postración a este pueblo". El internado y la concepción de Escuela única permitieron acelerar el proceso de aprendizaje acortando los tiempos de escolaridad.

Con orientaciones generales para cada nivel, que apuntaban a establecer énfasis específicos, Warisata abolió los pñsumes. Se pretendía suscitar la pasión por el conocimiento y era ésta la que determinaba el ritmo del aprendizaje y los contenidos necesarios. Como también abolió los horarios, algo que jamás entendieron los normalistas, formados en la cuadrícula y el toque de campana. Por último, también llegó el momento en que se abolieron los exámenes. Cuenta el profesor Carlos Salazar Mostajo:

No queríamos transmitir a las nuevas generaciones lo que sufrimos como alumnos, eso de que nuestra vida futura dependa del examen, de que aplazarse sea el mayor pecado. Frente a esa cosa amenazante que es el examen, el alumno estudia para no aplazarse, no estudia para aprender, ni para formar su espíritu. Estudia simplemente para contentar a ese tribunal coercitivo que no es sino una reproducción de los poderes del Estado que oprime a su sociedad.

Pero por sobre todo, Warisata se definió como escuela activa, de trabajo y productiva, las tres cosas al tiempo. No era una actividad pura separada de lo social. Integraba la escuela en la vida del indio y sus conflictos. El trabajo y el esfuerzo eran la base de la educación en Warisata, al impulsar la voluntad infantil a la realización de grandes empresas que requirieran

tenacidad, abnegación, energía y desinterés, de suerte que la falta de recursos se superara por el afán constructivo. Así, el trabajo de los estudiantes era más que gimnasia, no era un ejercicio improductivo sino el principal medio de subsistencia de la Escuela. Warisata llegó a no depender del aporte estatal pues le bastaban la contribución permanente de la comunidad y el trabajo de los alumnos. Aún más, los ingresos propios de la Escuela permitían retribuir a la comunidad con mejoramiento de las viviendas, medicinas, servicio de vacunación e incluso aportes en técnicas agrícolas y pecuarias.

La educación productiva se desarrollaba de modo integral en el aula, el taller y el sembrío. Warisata llegó a tener una amplia gama de talleres (carpintería, mecánica, fabricación de ladrillos y tejas; hilados y tejidos, alfarería, sastrería, curtiembres, talabartería y zapatería) que buscaban enriquecer el mundo indio con saberes que mejoraran su vida. Pero también en el campo agropecuario Warisata innovó al introducir las huertas para superar la dieta seca de la región. Se buscaba habituar a los alumnos indígenas a nuevas prácticas alimenticias para abatir la desnutrición. Desde la primera sección, los más pequeños debían cuidar sus jardines.

Sin embargo, quizás en el campo en el que más aportó Warisata fue en el terreno del rescate y desarrollo de la cultura indígena. Era tal vez el núcleo de la propuesta educativa y política:

El auténtico profesor de Warisata sabe que la palabra, la cartilla y el silabario —escribió Elizardo Pérez— son bien poca cosa si antes no se va a remover la raíz psicológica del alumno y que si hay que enseñarle las letras al indio, sobre todo hay que enseñarle a reencontrarse; porque es preciso saber que el indio es un extraviado en su propio pueblo; su mentalidad y su espíritu se han perdido en la esclavitud.

Esto implicaba reivindicar sus fiestas y sus ritos, valorar sus tradiciones, su música y su poesía. Warisata recuperó el gusto y la estética indígenas en la decoración de sus muros, en el diseño de las alfombras que la hicieron famosa, en su misma construcción. En Warisata se hacía teatro, allí se editó el primer cancionero aymara y se fomentó la producción poética tanto en aymara como en castellano. Al punto que llegó a constituirse en un referente cultural para todo el país.

## VII

Muy temprano los indios de Warisata llegaron a una ambiciosa conclusión.

No queremos encerrarnos en Warisata y trabajar únicamente para Warisata, porque nuestra obra

sólo podrá sobrevivir si la extendemos a todos los campos y favorecemos con ella a todos los indios de Bolivia.

Sin duda, es lo que explica su fuerza expansiva.

De todos los rincones de Bolivia llegaban indígenas a ver de lo que eran capaces y deseosos de aprender. Las comunidades circundantes querían tener su propia Escuela-Ayllu. Pronto en el entorno había 35 escuelas filiales de Warisata, como ella producto de la acción comunitaria. Yes que la educación indígena debía asumirse como un movimiento profundamente social.

De este proceso surgió el núcleo escolar, que revisado y distorsionado se replicó por todo el continente. La idea germinal era que la escuela matriz hacía un acuerdo con las comunidades interesadas para crear escuelas filiales. La primera asesoraba pedagógicamente, incluso con maestros, y aportaba los materiales que no producía la comunidad (pupitres, tejas, puertas y ventanas), en tanto que la comunidad receptora retribuía el apoyo de la escuela matriz con los materiales de su área. Renacía de manera casi natural la marka como asociación de ayllus. En esta dinámica se construía y reproducía una misma orientación política y pedagógica.

Hay un momento en el que las autoridades educativas se enamoran con el proceso de Warisata. Encargan a Elizardo Pérez crear núcleos similares de educación indígena por todo el país. Le toca viajar entonces por las selvas del Beni y por las secas tierras del Chaco, va a Santa Cruz y hasta la lejana frontera con Chile y a las comunidades quechuahablantes, promoviendo el ideal de la educación indígena, hasta llegar a 16 núcleos como Warisata. En algunos casos el éxito fue total, en otros la ausencia de maestros idóneos llevó al fracaso.

Hay dos momentos culminantes en el proceso afirmativo de Warisata.

El primero es el decreto del 20 de julio de 1937 que establece el Día del Indio. El presidente Germán Busch, héroe de la guerra del Chaco, escogió como tal el 2 de agosto, día de la "fundación del primer núcleo de Educación Indígena y Campesina en la República (Warisata)". En este día, rezaba el decreto, deberían realizarse

...concentraciones de aborígenes, exposición y feria de productos, manufacturas nacionales y concursos folklóricos y otros actos que tiendan a elevar el nivel social, moral y cultural de las masas autóctonas.

De tiempo atrás, esta concentración ya era habitual en Warisata.

El segundo es la celebración del Primer Congreso Indigenista Interamericano (abril de 1940). Esta iniciativa fue lanzada por el mismo Elizardo Pérez

y acogida por el gobierno boliviano. No obstante, el ambiente de envidia y mezquindad que ya asediaba a Warisata impidió que el evento se realizara en La Paz y debió tener su sede en Páztcuaro (México). Lo cierto es que a pesar de las autoridades educativas bolivianas el congreso valoró la experiencia de Warisata y en la principal resolución en materia educativa recogió lo principal de ella: la participación activa de la comunidad en los proyectos de organización, ejecución y gobierno de la escuela, la autoconstrucción de los planteles y la estructura del núcleo escolar.

Pero, para entonces, Warisata ya tenía mala estrella.

## VIII

Uno de los viejos amautas, Pedro Rojas, solía tener sueños premonitorios. En uno de ellos dos toros, uno negro y otro rojo, entran fieros al aula en la que Elizardo Pérez imparte sus lecciones, embistiéndolo todo con furia. Pérez sólo logra salvarse saltando por una ventana. En otro, el maestro queda encerrado en su Escuela en llamas. Años después se realizarán estas pesadillas.

Desde los inicios de la Escuela-Ayllu estaba cercada por la animadversión de los gamonales. Una reacción que fue creciendo hasta encontrar eco en las autoridades educativas y en los voceros del poder hacendatario.

El principal enemigo de Warisata fue el gremio más representativo de los terratenientes, la Sociedad Rural Boliviana. En una campaña desarrollada por años sostuvieron hasta el cansancio que los maestros de Warisata se extralimitaban en sus funciones, que asumían funciones administrativas, que iban más allá de la misión educacional, que soliviantaban al indio. Un secretario prefectural aleccionado al respecto, decía:

Es necesario en resguardo del orden público, poner reparos serios en Warisata, y obligar a los profesores que circunscriban su función a la actividad educacional...

El diario *La Razón* —propiedad del empresario del estaño Carlos Aramayo— hacía eco de las razones de los hacendados: Warisata era un "centro de subversión", una "célula del levantamiento social",

...desde el momento en que ampara el derecho de los indios ya es un arma comunista erguida contra el principio de propiedad que desde épocas inmemoriales poseen sobre las tierras americanas los latifundistas de stirpe colonial.

Establecer la dimensión de las incoherencias contenidas en estas treinta y cinco palabras queda por

cuenta del lector atento. Pero tales fueron las armas utilizadas contra Warisata.

Elizardo Pérez buscó al presidente Busch, como último recurso. Acaso él fuera capaz de frenar la avalancha que caía sobre Warisata. El día señalado hubo de hacer una antesala interminable. Por fin salió el mismo presidente: "Te hice esperar, le dijo, porque quiero conversar contigo con tranquilidad y sin que nadie nos moleste".

Pérez le expresó directo: Vine a saber si puedo contar contigo. El coronel Busch no sabía de teorías, sin embargo entendía la realidad boliviana con la fuerza de su intuición poderosa. Como ninguno entendió lo que se jugaba en Warisata.

Elizardo lo sé todo; sé cómo te combaten y de qué clase son las fuerzas que tienes enfrente, porque son las mismas que están socavando mi gobierno... Tú y yo caeremos juntos, Elizardo.

Dos meses después el presidente asediado prefirió la muerte por mano propia que ceder ante sus adversarios. Seguía la tragedia de Warisata.

Un día aciago se dieron las condiciones para el zarpazo administrativo. Se cambió de dirección, los antiguos profesores fueron despedidos, el Parlamento Amauta fue desconocido y sus miembros escarnecidos, la fábrica de tejas fue trasladada a La Paz por quienes se la apropiaron, los bienes que la comunidad levantó con trabajo tesonero terminaron en los domicilios de los nuevos profesores, lo demás se vino abajo por la incuria. No se sabrá quien fue más culpable de la ruina del proceso educativo más auténticamente boliviano de la primera mitad del siglo veinte, si la ruindad de los intelectuales envidiosos o el odio mezquino de los terratenientes. Con todo, es la prueba más elocuente de la liviandad intelectual de las autoridades educativas.

En la larga agonía de la oligarquía minero feudal hubo condiciones para que Warisata floreciera. Pero era igualmente cierto, que dado el estado terminal de este bloque de clases caduco, era capaz de cualquier cosa. Pérez y los suyos sabían que Warisata era efímera como son cortas la vida de los seres humanos y la mayoría de sus obras. Aun así, a pesar de la brevedad de la vida hay quienes viven a sabiendas de que su huella no se va a borrar en la estela del tiempo. Con esta consciencia vivieron los gestores de Warisata su efímera experiencia.

## IX

Historia contrafáctica es aquella que se hace suponiendo un desarrollo diferente al que sucedió. Que hubiera pasado si... Los historiadores no recomiendan esta perspectiva. El pasado no se puede corregir. Lo hecho, hecho está y ni Dios en su omnipotencia puede enmendarlo.

Sin embargo, no deja de ser interesante imaginar qué hubiera ocurrido si Warisata hubiera continuado sin alteraciones. Nos servirá para esto la sistematización de Warisata que produjo la profesora Yvette Mejía Vera, un texto cargado de información que se lee con sobresalto y anonadamiento por el cúmulo de sugerencias con que ametralla al lector.

¿Qué sería actualmente la Escuela después de setenta años de su inauguración si no la hubieran destruido? Sin duda hoy florecería una Universidad, tendría Institutos de Investigación de Experimentación y de Intercambio Cultural, cientos de fábricas e industrias y no existirían diferencias entre la educación en la ciudad o el campo, sería quizás mucho mejor y atrayente la educación en el área rural. El indio se alzaría orgulloso de ser el incorruptible defensor de nuestros recursos naturales, el guardián, el abanderado de la educación, de la producción y el generador del desarrollo de la nación y de Latinoamérica. Tendríamos generaciones de intelectuales y artistas aymaras, quechuas, guaraníes, de una Bolivia transformada con dignidad y cultura propia. Nuestros vecinos deseando venir a Warisata para intercambiar conocimientos y obligaciones con los comunarios. El campo sería una maravillosa ciudad.

Y se pregunta luego de este vívido sueño retrospectivo: "¿Se puede empezar la historia por dónde la extraviamos? <sup>6</sup>".

Cuando por obra de la historia son expropiados los dueños del capital, cobran hasta las expectativas. Calculan entonces lo que hubieran sido sus ganancias razonables de no haber ocurrido la experiencia de la expropiación.

¿Por qué será que cuando decisiones del poder cortan abruptamente los proyectos vitales de los pobres estos no pueden cobrar sus expectativas?

¿Podrán los herederos de Warisata reclamar del Estado boliviano una justa reparación por la destrucción de su proyecto de vida, de lo que fue la obra de toda una generación, por el atraso cultural y político que sobrevino luego de que le arrebataran la Escuela a la comunidad?

Hay aquí una hermosa tarea para el nuevo gobierno de Bolivia.

